

No emancipada ()



CON TODOS MIS AMANTES (Old Boyfriends). Estados Unidos 1978. Directora, Joan Tewkesbury. Productores, Edward R. Pressman, Michele Rappaport; ejecutivo, Paul Schrader. Libreto de Paul Schrader, Leonard Schraeder. Fotografía (Technicolor), William A. Fraker. Montaje, William Reynolds. Dirección artística, Peter Jamison. Música, David Shire. Asistentes de dirección, Tony Bishop, Lisa Hallas. Producción, Edward R. Pressman Productions. Elenco: Talia Shire (Dianne Cruise), Richard Jordan (Jeff Turin), John Belushi (Eric Katz), Keith Carradine (Wayne Vantil), Joan Hotchkis (Pamela Shaw), William Bassett (David Brinks), Gerrit Graham (Sam el pescador), Nina Jordán (Dylan Turin), Barry Michlin (Burt). Duración: 103 minutos. (Cine Atlas; 5/5/1981).

Talia Shire está muy mal al comienzo, pero después sigue peor, cuando se lanza al curioso itinerario de visitar amantes pretéritos para olvidar un divorcio reciente. Su secreta esperanza es descubrirse a sí misma a través de parejas varias y olvidadas (tres nada más, a pesar de la aglomeración que sugiere el título español), como si ese pasado

fuera una proyección del presente o viceversa. Como ella trabaja de psicóloga en Los Angeles, el procedimiento podría aceptarse como el mecanismo científico de autoanálisis, pero como el libretista Paul Schrader ha escrito antes cosas importantes (*Taxi Driver*, *¿Dónde está mi hija?*) y la directora Joan Tewkesbury ha trabajado con Altman (*Nashville*) y el fotógrafo William Fraker es un técnico esmerado (*El padrino*, *El bebé de Rosemary*), ese sostén argumental podría entenderse como el pretexto para una indagación en mundos privados femeninos o quizás en los conflictos sociales y culturales que afectan a mujer divorciada enfrentada a mundo exterior machista o utilitario o violento o agresivo. Las expectativas empero sucumben: el sexo y el erotismo están ausentes quizás porque estos amantes eran un fiasco antes y ahora y en el próximo film de la Tewkesbury; la psicóloga Talia Shire debe haber obtenido el título en franquicias porque está a punto de destruir a Keith Carradine y de volverse una oligofrénica ella misma, con lo que el costado psicoanalítico parece una versión de Freud por Corín Tellado; y los discípulos de Altman, colaboradores de Scorsese y fotógrafos de Polanski son unos incompetentes desaprensivos. Esa objeción es más grave para la joven Joan Tewkesbury, mujer menos sensible de lo que prometía. Centra toda su historia en un personaje femenino en crisis y se pierde en las tonterías de su famoso libretista, con lo que omite una visión también femenina y quizás lúcida de los temores, adversidades y tropiezos que pueden caer sobre divorciada joven dispuesta a mantener vida sexual y afectiva normal en una sociedad que no entiende esas autonomías. Tampoco las entiende la directora, que confunde melodrama con comprensión y afecto hacia el personaje. A ella le pasa lo que a muchas mujeres: de tan acostumbrada a vivir en un mundo masculino, actúa y reacciona como hombre y describe la femineidad presunta de la protagonista como un equivalente de gimnasias masculinas. Entonces Talia Shire sube a su auto, atrapa a Richard Jordan y se acuesta con él para después plantarlo en los alrededores de Denver, sigue viaja hasta Minneapolis para humillar al tonto John Belushi que la usó cuando eran estudiantes, salta hasta el hermano de otro antiguo amor que murió en Vietnam y por poco lo enloquece en una granja de Michigan. Tanta inconsciencia y desaprensión debieran provocarle la expulsión de su carrera, las iras del destino y un final amargo, pero como los códigos industriales creen en los finales felices, el amor llega a la protagonista con música dulce y colores estivales. Ni ella ni el espectador serán capaces de obtener ninguna enseñanza de ese viaje por tres estados, tres amantes, tres anécdotas independientes unidas por un solo personaje y la idea de los autores de que así la película parece más profunda y humana. Es, al contrario, más frívola, más representativa de un "american way of live" evasivo, más imprevisible como relato, donde los subrayados de diálogo y música compensan la terca pasividad de las imágenes, carentes de imaginación para crear climas dramáticos, sensaciones de angustia eventual o de la ansiedad que (dicen los personajes) aqueja a la divorciada itinerante. Lo mejor que le debiera pasar a Joan Tewkesbury es un urgente y peleado divorcio. Aunque quién sabe: hay gente que ni así aprende. ♦

M. Martínez Carril